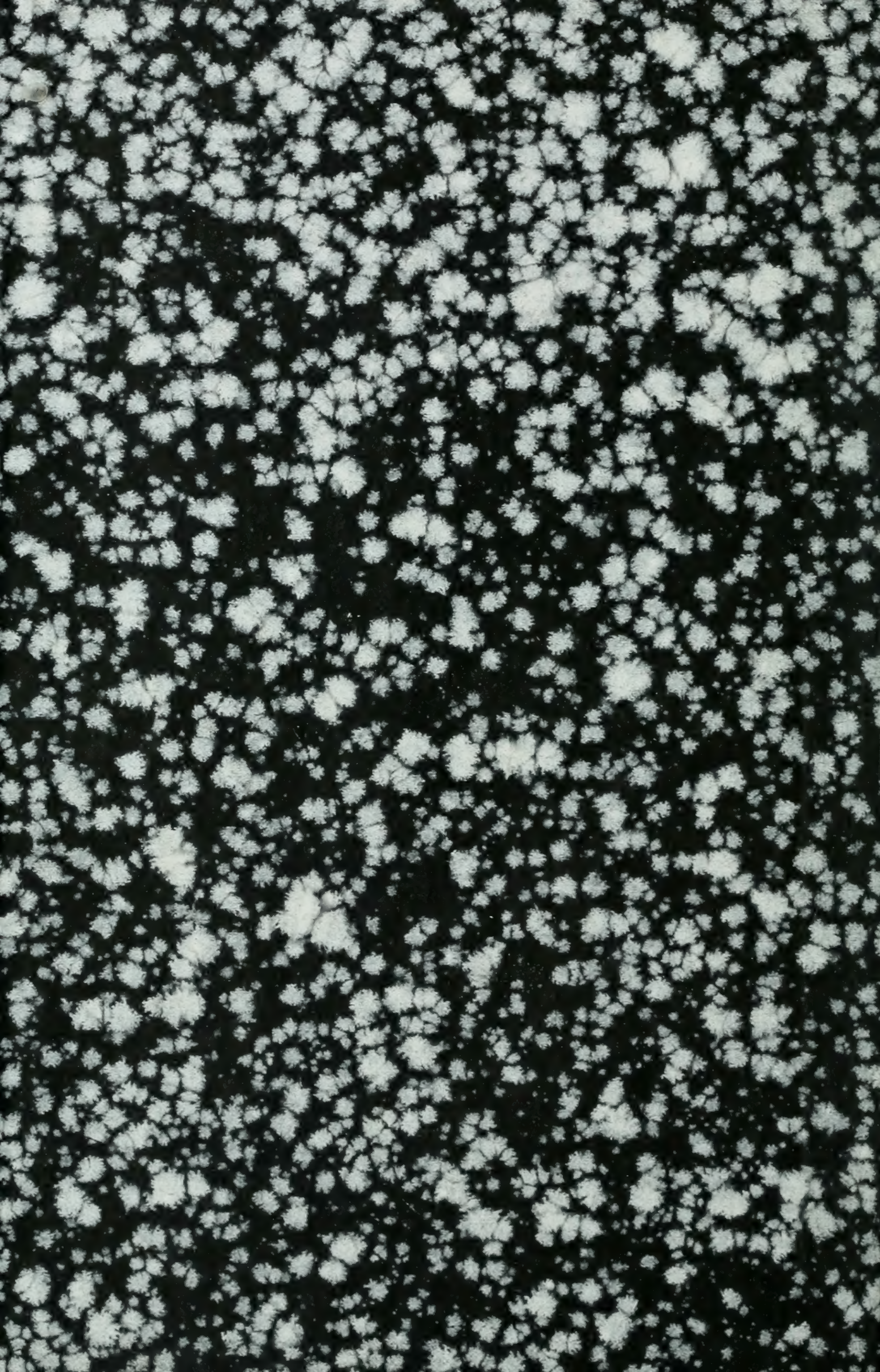
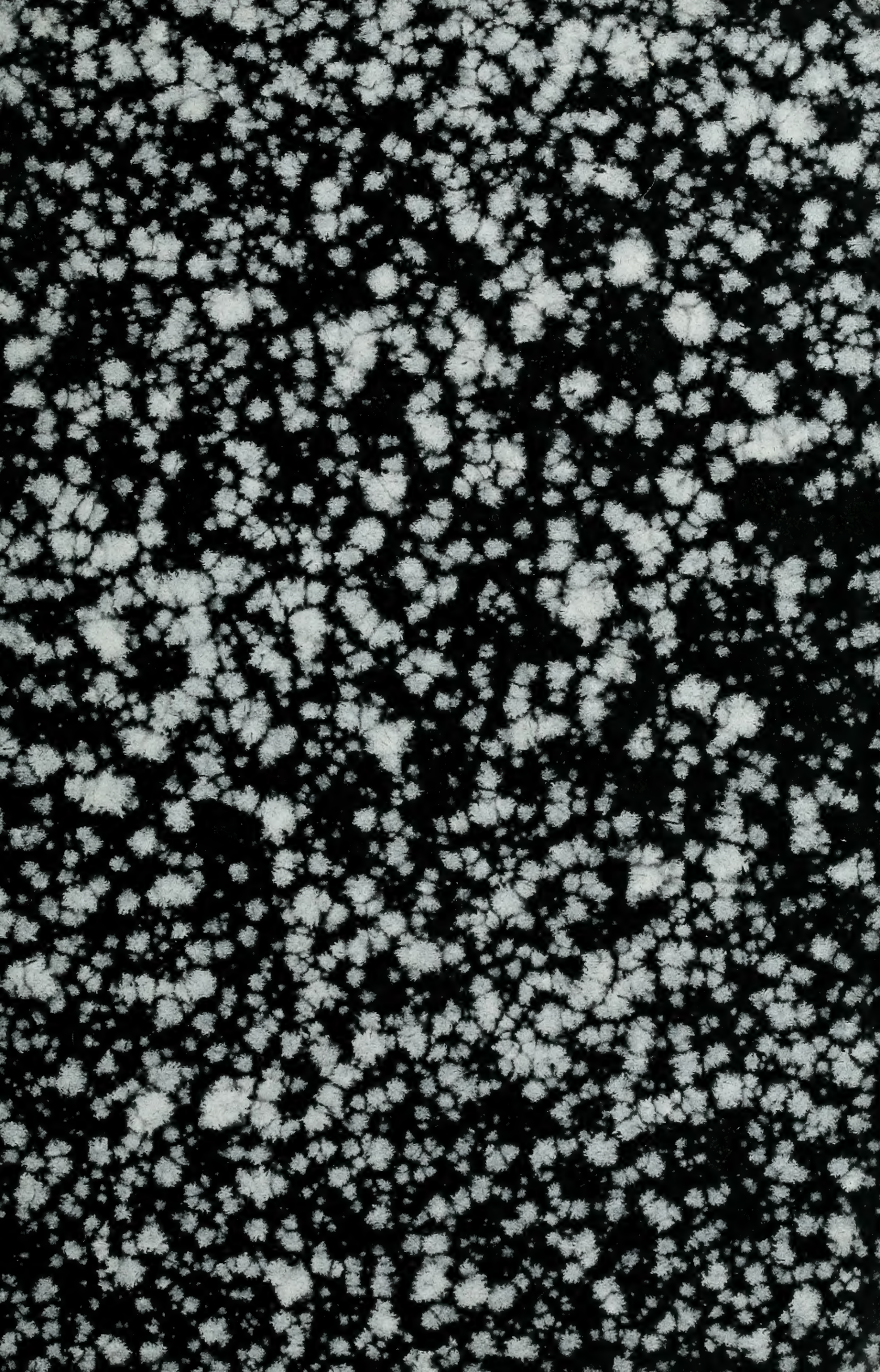


Hojas al Viento

TOMO 2º





HOJAS AL VIENTO

CARLOS GUIDO Y SPANO

HOJAS AL VIENTO

LIBRO LÍRICO

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

TOMO SEGUNDO

BUENOS AIRES

CASA EDITORA DE JACOBO PEUSER

1901

A MI MADRE

Buenos Aires, 1863.

Una voz interior, un himno grave,
Vibra en mi seno ¡oh madre! sin cesar,
Ora navegue en lago azul mi nave,
Ora con furia la quebrante el mar.

Inefable poema que no alcanza
Lengua mortal ninguna á traducir,
En que se alza pura tu alabanza,
Mirra celeste en urna de zafir.

Tu nombre en sus concentos repetido
Se confunde á la esencia de mi ser,
Que de tu amor en la onda sumergido,
Su savia siente y su vigor crecer.

¡Cuánto te debe mi cariño! ¡Oh cuánto!
De mi cándida fe fuiste el crisol;
Mi desnudez cubriste con tu manto,
Floreció nuestra viña al mismo sol.

Ajenjo luego me ofreció el destino;
Mas rico de tu afecto maternal,
Por escarpadas breñas cristalino
De mi existencia correrá el raudal.

Tú le alimentas; viva, centellante,
Miras en él tu imagen resurgir;
Si lloras, se estremece sollozante;
Desborda alegre al verte sonreír.

En tanto, mi labor se esteriliza
En la marchita mies; la tempestad
El fruto de oro convirtió en ceniza,
La sombra amiga en densa oscuridad.

Pero mientras á tientas ando en ella,
Entre celajes, firme ante tu cruz,
Tú me apareces apacible estrella,
Y conforme es mi noche así es tu luz.

En tal sazón, un viento harmonïoso
Tráeme un suave frescor de la niñez;
Dame bríos tu aliento generoso,
Tu piedad, tu ternura, tu altivez.

¡Digna altivez! Jamás el desconsuelo
Te abatió, ni la faz del opresor;
La noble sangre de mi heroico abuelo [1]
Acrisola en tus venas su fervor.

En delicado cuerpo alma romana,
¿Quién te vió nunca el cuello doblegar
A la fortuna cruel, cuando inhumana
Vino á sentarse en el desierto hogar?

Tu voz nos animaba en lontananza;
En la derrota, en el pesar, tu voz;
«Tened, hijos, decías, confianza
En la virtud, la libertad y Dios».

Madre! he salvado aunque caído entera
La fe inspirada en tan supremo bien;
Ciñan otros al fin de la carrera
Con la corona olímpica su sien.

Yo buscaré refugio en el santuario
De tu inviolable afecto maternal;
Como el humo de místico incensario
Remontará mi alma al ideal!......

Con mi esposa y mis hijas bajo el techo
Paterno me asilé; náufrago, en tí
Mi mente se fijó, y en tal estrecho
Confortado á tu sombra me sentí.

Prolífico del tronco el jugo parte
Que dá á la fronda su verdor; vivaz
En la yema, en el fruto se reparte,
Y aquel se ostenta espléndido y feraz.

Así tú nos animas, y lozanas
Crecen tus nietas, vívido festón
Que esmalta la diadema de tus canas,
Cuya nieve no alcanza al corazón.

Díganlo, sí, la viuda, la plegaria
Del niño—el pobre, el forastero en fin,
Á quien sentaste un día hospitalaria
De la familia al gárrulo festín.

¡Cuántas veces amparo el fugitivo
Halló en tu casa, en medio al huracán
De la guerra, y con pecho compasivo
Le diste á un tiempo lágrimas y pan!

Bella en la juventud, otra belleza
Más augusta adquiriste con la edad:
La aureola de ingénita grandeza,
De la virtud la excelsa majestad.

¡Oh, mil veces feliz de haber nacido
De tal madre! ¿Qué importa que el turbión
Derrocando á los fuertes haya hundido
Mi esperanza en el polvo y mi ambición?

Salvando el alma el círculo pequeño
De la vida, mi abismo sé medir;
Sé despreciar la vanidad del sueño
Que me pintó brillante el porvenir.

La fortuna no escoge sus privados;
Disputarla á menudo es vano afán
Á la turba rüin de los menguados,
Que á su carro en tropel uncidos van.

Jamás quemé mi incienso en sus altares,
Ni á ídolos viles trémulo adoré.
Tuya es la miel que dan mis colmenares—
Para tí, dulce madre, la guardé.

¡Cosecha escasa á mi afanar! Empero
Recogida con limpio corazón,
Que á manera de un címbalo de acero
Produce al golpe el repentino son.

La llama de tu ingenio en mi oscilante
Me alumbra; mi agostada juventud
Aspira en sus rüinas humeante
El aroma vital de tu virtud.

Allí tienes tu altar; modestas flores
Le adornan, que á la aurora recogí;
En sus gradas, del tiempo á los rigores,
Con nobles pensamientos me adormí.

En tí se encierra mi fruición, mi gloria;
Tu aplauso y nada más ardiente ansié;
El templo de mi fama es tu memoria,
Mi prez la flor que doblegó tu pie.

Corra humilde mi vida, oscura, exigua,
¿Qué dá? Brillo, poder ¡vana ilusión!
Guarde yo de tu amor la llama antigua,
Alce la mente á la inmortal región —

Y aquel himno inefable que no alcanza
Voz ninguna en la tierra á traducir,
Le sentiré cantar con mi esperanza,
Y hasta en la fría tumba le he de oír.

CUENTO DE FLORES

Pues un recuerdo pides,
Un acorde á la lira,
Oye este simple cuento y no le olvides,
Que es solo para tí graciosa Elvira.
Y si tienes empeño
En conocer el cómo le he aprendido,
Te diré que una vez adormecido
En una fresca gruta, al halagüeño
Murmullo de un raudal cuya agua rica
La palmera abanica,
Me le contó al oído
Un silfo volador durante un sueño.

En un valle risueño
Donde del sauce á la movible sombra
Se guarecen las tímidas violetas,
Desparramados por su verde alfombra
En uniones secretas,
El tomillo, la salvia y el cantueso;
Bañada toda en ámbar y ambrosía,

Una rosa se erguía
De la aurora naciente al primer beso.
El aura en grato arrullo
Columpia y acaricia su capullo,
Y en sus rápidos giros,
Al cruzar por el prado
Recogiendo su aliento embalsamado,
La lleva de otras flores los suspiros.
Pero esquiva la bella
No atiende su dulcísima querella;
Ni abrió el virgíneo cáliz sino cuando
Un destello de sol, trémulo y blando,
Bajó furtivo á reflejarse en ella.
Jamás rayo tan fino
Á través de la atmósfera azulada,
Penetró de una rosa enamorada
El seno coralino;
Ni es fácil, dijo el silfo, que se halle
Más tierna flor en el frondoso valle.
Del reflejo divino
Fué tal en ella la fecunda influencia,
Que desplegó sus gracias peregrinas,
Dióla el rubor y refinó la esencia:
Aun dicen que perdiera las espinas.

De sus brillantes galas
Alarde haciendo, al verla, voluptuosas,
Dejando en ella el polvo de sus alas,

La besan al pasar las mariposas;
Y en sus hojas bermejas,
Que la aurora purpura
En la estación amena,
Liban miel perfumada las abejas
Para el rubio panal de su colmena.

Mas ¡ay! cuan poco dura
De las flores la efímera hermosura!
Pues vino á ser que luego
¡Misterios de la suerte!
El mismo casto fuego
Que su calor vital la transmitía,
Con su aroma su espíritu absorbía,
Dándola oculta en el placer la muerte.
Así el fúlgido rayo
Que su ser fecundara, la consume;
Débil se inclina y en mortal desmayo
La breve flor con que se adorna mayo,
De fresca ya ni de gentil presume.
Su más rico perfume
Dió al expirar; en la campiña agreste
Le esparcieron las auras; y las flores
Temerosas quizá de igual fortuna,
En secreto se cuentan sus amores
Al resplandor de la silente luna.

Así decae, Elvira,
La inspiración que enciendes en el alma,
A grato incienso religiosa pira.
En verte resplandece,
Mas si columbra del amor la palma,
Ya no canta, suspira;
Lánguida sueña, mustia desfallece,
Y al fulgor de tus ojos dulce expira.

¿POR QUE NO DECIRLO?

Si tú no te ofendes ¿porque no decirlo?
Escucha en la vega montuosa del mirlo
Que gime, el reclamo.
Mi voz á tu oído más blanda resuene,
Y el harpa vibrante sus cuerdas estrene
Diciendo ¡te amo!

Te amo, sí, adoro tu augusta hermosura.
En tí no hallo mancha; tu frente es más pura
Que el velo que labras.
En ella reflejan los nobles instintos.
Tus manos colmadas están de jacintos,
De miel tus palabras.

¡Porque no me es dado decirte: mi vida
Corrió como el agua que mana escondida
Del bosque en el fondo;
Jamás las espinas rasgáronla el manto.
Tú sola formaste su gloria, su encanto,
Mi bello ángel blondo!

Mas ¡ ah ! desbordando mi loca existencia
Despéñase rauda. La paz, la inocencia,
Perdió delirante :
¡ Perfume del alma serena y sencilla !
¡ Dulcísimo vino que el vaso de arcilla
Derrama espumante !

Las rosas bermejas que orlaron mi frente
Ya están deshojadas. Nublóse mi oriente
De sombra importuna.
Tú sola fulguras en medio á sus nieblas,
Cual brilla en el ara de un templo en tinieblas
Filtrando la luna.

Ingenua, modesta, más tierna que un niño,
Lo sé, no merezco tu dulce cariño,
Tus castos favores.
La fuente sellada que cerca el granado
Y el mirto no es mía, ni el huerto cerrado,
De místicas flores.

¡ Deleite divino bañarse en su aroma !....
Pero huye las sirtes la blanca paloma
Que arrulla en las palmas.
Al menos mis ojos contemplen su vuelo,
Y un día sus alas encumbren al cielo,
Un ángel, dos almas !

CLARITA

Como ayer preguntara por Clarita
Me contestaron con tristeza : ¡ ha muerto !. . .
Lirio á la aurora apenas entreabierto,
Que el ábrego glacial dobla y marchita.

¡ Pobre niña ! de angélica pureza,
De mansedumbre, de candor modelo ;
Flor en la tierra, espíritu en el cielo,
Recién su vida en el sepulcro empieza !

Me dicen que tranquila se ha dormido
Como un infante, y que expiró sonriendo,
Con júbilo tal vez apercibiendo
De sus ensueños el edén florido,

¡ Oh Clarita gentil ! vaso de aroma,
¡ Cuán pronto desbordando te quebraste !
¡ Cuán temprano tu vuelo remontaste
Al firmamento azul, tierna paloma !

¡ Y te has partido ! ¡ y tu beldad es ida !
¡ Ay ! si mi acento con dolor te nombra,
Sigue mi alma el rastro de tu sombra,
Aspirando el perfume de tu vida !

MÁRMOL

¿Veis ese mármol palpitante, ¡oh Lydia!
En sus finos contornos tan correcto?
Pues á fuerza de ser noble y perfecto
En vez de admiración causara envidia.

Quién le censura con velada insidia,
Sin poder precisar nunca el defecto;
Quién á las obras del cinçel afecto,
De sus mismos primores se fastidia.

« Aquí está, dice, el genio comprimido
En el molde de un arte cuyo encanto
Brilla cual luz fosforescente y fatua. »

¡Oh, dejadle pasar! No ha comprendido
De lo sublime el gran secreto: en tanto,
Augusta en su beldad se alza la estatua!

ROSA BLANCA (*)

Al margen de una fuente
Bebedero á palomas y zorzales,
En el valle feraz verde-esmeralda
Crece una nívea rosa aisladamente,
Que la aurora en sus fiestas orientales
Prendiera del estío á la guirnalda.

Con su abanico azul el aura leve
La acaricia, y el agua desbordante,
Esparciendo en redor grata frescura,
Dále espejo brillante:
Siempre fuera adulada la hermosura.

¡Flor princesa del seno alabastrino,
Mística flor! Purpúreas y lozanas,
Al rayo matutino

(*) Esta composición, corregida, incluyóse en el libro « Ecos Lejanos » del autor. Reprodúcese aquí por haber figurado en la primera edición de las « Hojas al Viento »

Descogen el capullo sus hermanas.
Coronan luego en el festín la frente
De la ardorosa juventud; fragantes
Las ánforas del vino efervescente
Ornan, y las vibrantes
Ebúrneas liras al amor templadas;
Cayendo deshojadas
En las nectáreas copas espumantes,
Entre risas y besos escanciadas.

¡ Y la silvestre rosa ! ¿ Qué tristeza
Desvaneció en su faz descolorida
El esplendor de vida,
La llama carmesí de su belleza ?
¿ En límpidos albores,
De los genios del aire preferida,
Pálida aguarda el divinal sahumerio
Que la consagre reina en su pureza ?
¡ Quién decirlo podrá, si en el imperio
Reservado á las flores
Todo es adoración, todo misterio!
Quizá de alguna virgen que en la ausencia
Del ingrato amador, cual frágil vara
De nardo se tronchara
En plena florescencia,
Guarda en el cáliz la exquisita esencia.
Acaso á los dudosos resplandores
Del día que fenece,

O en las noches de luna, apaciguados
Los campestres murmullos, se adormece
Por la brisa arrullada, y palidece
Soñando con los lirios azulados.
....
....

¡ Oh tímidas doncellas !
¡ Veladas novias, almas elegidas !
Cuando al morir la tarde distraídas
Vagueis por el jardín, blandas querellas
A solas recordando enternecidas ;
Vestales que guardáis el sacro fuego
Del amor que os consume
Como un suave perfume,
Para gozaros en sus triunfos luego —
Vuestras frentes radiosas,
Bajo el velo ceñid de blancas rosas !...

Á EDDA

Sí, resonante, briosa, apasionada,
Tu voz se derramó como un torrente,
Dejando la memoria eternamente
De tu amor en tus versos consagrada.

Fué así que cantó Safo; sus acentos
De Léucades murmuran todavía
En las rocas, con honda melodía,
Y de la Grecia clásica en los vientos.

¿Qué numen encendió la ardiente llama
Con que tu vida férvida iluminas?
¿Quién te inspiró las trovas peregrinas
En cuyas alas se encumbró tu fama?

Edda inmortal! los Genios en la cuna
Sin duda que tu sien acariciaron,
Y sus himnos más tiernos te enseñaron
Al divino fulgor de la alba luna.

El eco de tu lira á mi retiro
Llegó á través del mar y del desierto;
Mi corazón á la esperanza muerto,
Tuvo un recuerdo y exhaló un suspiro.

Y quise mi homenaje entonces darte
De ingenua admiración, como á una hermana
En cuyos labios la elocuencia mana,
Melodiosa vestal, reina del arte.

Mi hermana, sí, en la noble poesía
De las selectas almas alimento:
El tosco metal yo, tú el instrumento —
Yo la nota fugaz, tú la harmonía.

Unión del pensamiento fecundante
Que su eléctrica luz raudo difunde,
Y que un ser á otro ser liga y confunde
En la expansión sublime de un instante.

*
* *

Alguna vez en mis ensueños, bella
Sentí á mi lado una hada misteriosa,
Llevando en la alta frente esplendorosa
Del almo genio y del amor la estrella.

Angel, maga ó visión, en su aureola
Que en vaga lontananza amo y contemplo,
A encender fuí la lámpara del templo
Donde la vida al idëal se inmola.

Si oía un harpa lejos, si alguna ave
En los bosques, era ella que cantaba;
Ella en la flor que el aura columpiaba,
O de la noche en el fanal süave.

Ella doquier. Como la aurora el cielo,
Mi oriente purpuró, cuando la hermosa
Juventud á la esfera luminosa
Encumbraba mi espíritu en su anhelo.

Aqueste al contemplarla en la ardua cima
De la inmortalidad, con fe la invoca,
Y vibrantes brotaron de mi boca
La estrofa alada y la cadente rima.

Mas si acaso evocaba la presencia
De mi Beatriz celeste, en el momento
Se perdía en las ráfagas del viento,
O entre el blanco cendal de su inocencia.

Y luego al fin, cual pasa por el monte
Vivaz, la dulce y fausta primavera,
Se disipó su imagen hechicera
En el profundo azul del horizonte.

Hoy, empero, revive en luz vestida
De tu voz á la magia Edda gloriosa —
Bella sombra que se alza victoriosa
Sobre el mar turbulento de mi vida.

¡ Oh ardiente granadina ! ¡ cuánto envidio
Tu amor, que en solo un ser el mundo abarca !
Diera por él las palmas de Petrarca
Y el sagrado laurel del tierno Ovidio !

EN SU CARTERA

En su cartera encontré
Los versos que copio aquí.
Si á otros conmueven, no sé;
Pero yo al leerlos lloré
Como si hablaran de mí:

« Temprano perdí el verdor
De la noble juventud;
Su esperanza murió en flor.
¡ Vive Dios, que es lo mejor
No turbarla en su ataúd !

Mis ilusiones pasaron.
Cierto, nunca han de tornar,
Aves que huyendo cantaron
Y con sus alas rozaron
De mi vida el turbio mar.

¡La vida! ¡qué enigma extraño!
Frágil templo del dolor.
¡La dicha! fugaz engaño.
¡La esperanza! ¡oh desengaño!
¡La muerte! sombras, horror!

Ved ese atleta; mañana
Un niño le hará rodar.
Ved esa hermosa ¡galana
Estará en su tumba vana!
¿Qué ruina es esa? un altar!....

He acercado á toda fuente
Mis labios; amé el placer,
Amé la gloria. ¡Demente!
Hoy contemplo indiferente
Mis ambiciones de ayer.

Un profundo, árido hastío
Me penetra el corazón;
Nada espero, en nada fío,
Siento en torno como el frío
De un marmóreo pantëón.

¿Qué hacer, á qué cueva huir
De la torpe realidad?
¿Por cuál causa combatir,
Si ni me es dado morir
En tu hueste, oh libertad?

Semejo en mi rumbo incierto
Un árabe, que tras él
Ha dejado en el desierto,
Perseguido ó inexperto,
Sus armas y su corcel;

Y que rendido á su pena,
Hosco, sombrío, sin voz,
Se tiende en la ardiente arena,
Cubierta la faz morena,
Con el flotante albornoz».

ELEGÍA (2)

A memoria de José Fraçào Varella

Nunquam ego te, vita frater amabilior
Adspiciam posthæ? at certe semper amabo.

CATULO.

¡SERÁ illusào que os mortos nos escutào,
Que entre os cyprestes lúgubres da campa
A voz que nasce d'alma rumoreja
Suavemente nos ramos, e remonta
Da ausencia eterna ate a mansào augusta!
¿Revive a chamma das geladas cinzas?
¿Existe acaso um écho que responda
Aos suspiros da terra lá no céo?...
Mysterios! tetro abysmo onde baqueia
O debil pensamento, que animado
Ao calor das saudades, entre as sombras
Da noite infinda, em fúnebres relámpagos
Do amigo que perdi vai em procura.

¡Oh, Varella! ¡que ao menos nào podesse
Dar-te o último adeus, junto ao teu leito

Sollicito velar, fechar-te os olhos,
Beijar-te a mão amiga e generosa,
Em segredo dizer-te á despedida
Que no seio do Inmenso me esperasses!
¡Alma fiel que cedo te partiste!

¡Quem quando eu te deixei imaginara
Que no ameno caminho a nos tão grato,
No meio da harmonia e dos aromas
A peder-se no azul do firmamento,
De nuvens limpo, á rebentar estrellas,
O anjo triste da morte te seguia
Occulto no arvoredo, esvoaçando
Nessas varzeas da vida, que échoavão
Canções festivas, delirantes risos?

Tal vez mais de uma vez fugiu ao verte
Franco, jovial, illuminada a fronte
Do jubilo febril da juventude,
Que rica de seus dons en ti brilhava:
Brilhava, sim; donaire, vigor, graça,
Espíritu vivaz, valor, ternura,
Sentir profundo, férvido enthusiasmo,
Ella te deu em seu albor profusa,
Risonha e bella a engrinaldarte em rosas,
Que no altar dos amores desfolhavas.

¡E que amores os teus! Ainda conservo
Como um perfume as doces confidencias
Que espansivo fizeste ao meu carinho
Nos passeios nocturnos, sobre as praias
Que beija o Guanabara, da saudade
Verde e poetico asylo, n'essas noites
Suaves, transparentes, em que a lua
Soltando o véo diáphano, derrama
Do albo throno as pallidas saphiras,
Banhando a terra en luz harmoniosa,
Trémula e meiga a scintillar nas aguas.
Um olhar da tua amada era bastante
Para seres feliz; teu pensamento
A contemplava em extase, arroubado
Na gloriosa aureola que a cercava:
Amor ideal, ethereo; amor divino
Da propria e casta luz alimentado,
E con ella dourando em brandos sonhos
As azas fugitivas da esperança.
¡Podesses, inmortal, colher-lhe os lirios,
A tua sede saciar na fonte pura
Onde germinão esparzindo ao lonje
A essencia virginal, o ambar celeste!
¿E como não fazer por ti taes votos?
Forte pela virtude, erguida a fronte
Borbulhando em ideias peregrinas,
O coração de affectos trasbordando,
No banquete da vida appareceste,
E conviva de um dia, entre sorrisos
O espumante licor libaste apenas!

Tua modestia e fé, a resignada
Confiança nas promesas do futuro,
A atmosphera serena em que luziào
Teus pensamentos placidos e bellos,
Acalmavâo com magica influencia
Os ímpetus que entâo me arremeçavào
A lançar meu batel em gala ornado
De alegres bandeirolas, de grinaldas,
No pelago fervente dos prazeres.
¿Quantas vezes a dextra me estendeste
Indo cego a arrojar-me ao precipicio?
¿Quantas o teu accento insinuante
Veio acordar minha razào nublada
Na embriaguez das paixôes tumultuosas?
Tu morreste, porem, e eu vivo ainda?
Nunca mais te verei!... feliz, ¡quem sabe!
De adormeceres na estaçào benigna
E em plena folhagem, de sumir-te
No oceano do infinito, como um astro
A desmaiar no resplendor da aurora!

Lonje deixando em tanto a umbrosa senda
Que juntos percorremos, vi trocar-se
As arvores frondentes em penhascos,
O raudal murmurante em bravas ondas,
Em ermo o prado e o meu canto em nenias;
E quando vim de novo procurar-te,
Entornar no teu peito as minhas penas,

E por ti perguntei, tinhas partido!.....
Jamais te esqueçerei, ¡oh! nunca, nunca
Ate o fim dos meus dias! — a tua imagem
Ficou-me impressa n'alma com os raios
Mais fulgentes do sol da mocidade.
Integra a herança do teu nobre affecto
Conservarei, e so darei-lhe parte
A aquella que me faz a vida amavel,
Que me anima se as forças me fallecem,
Minha jovem esposa, horto fechado,
Nardo a florir do meu destino á sombra.
Ensinarei teu nome a minha filha
Que ainda na infancia aos anjos se parece;
E ja que não me é dado ó teu sepulchro
Das flores alastrar que tanto amavas,
Ao menos sagrarei a tua memoria
Estes versos com lagrimas escritos!

Á LA ARTISTA CHILENA

L. C. de T.

Grata es la voz del ruiseñor que gime
Triste en la ausencia de su bien perdido,
Y del harpa dulcísimo el sonido
Que el viento arranca en soledad sublime.

Penetrante el acento con que exprime
Su amor la virgen al doncel querido;
Melancólico el llanto del olvido;
Tierno el último adiós que al alma oprime.

Pero es más idëal, más amoroso,
¡Oh de Arauco harmoniosa peregrina!
Tu canto divinal que el estro inflama —

Cuando espontáneo, puro, melodioso,
Como el raudal de fuente cristalina
En lluvia de brillantes se derrama.

MEXICO (*)

« Ya del robusto cuerpo las heridas
« Agotaron su brío y fortaleza ;
« Ya busca en su flaqueza
« Por la voz de sus gentes esparcidas,
« El firme apoyo de mi brazo. Aislado,
« Por la guerra y la usura atormentado,
« Fácil México al yugo se presenta :
« Para saldar su cuenta
« Enviaréle un monarca de prestado.
« Si resiste, perezca. Sus vencidas
« Ciudades degradadas de su alteza
« Caerán con fiero estrago, y fulminantes
« Las imperiales águilas triunfantes,
« Desde Anáhuac (**) el vuelo soberano
« Desplegarán por uno y otro oceano. »
Dijo el perjuro. Las soberbias haces
Apresta y los navíos, y provoca

(*) El nombre de México es de origen indio. En la lengua azteca significa « *la habitación del Dios de la guerra* » llamado MEXITLI ó HULTZILOPOCHTLI.

(HUMBOLT, — Ensayo político sobre la Nueva España).

(**) La palabra *Anáhuac* significa « *cerca del agua* ».—CLAVIJERO.

Con vil pretexto en su arrogancia loca
A sengundarle audaces,
Al bretón recio, al español bizarro
De Cortés descendiente y de Pizarro.
Acuden. Les aguardan los traidores,
Digno cortejo á la feroz empresa.
¡ Reyes y emperadores
En estrecha alïanza
Con la mesnada ruin ! . . . . Qué ! ¿ tanto os pesa
Movidos de ambición y de venganza,
El ver cuan inclinada
Pende de la justicia la balanza
En favor de la América ultrajada ?
Ayer no más se alzó — sonrióla el mundo ;
El hombre fue más libre ; ilustres hechos
Levantaron su fama y sus derechos,
De su grandeza manantial fecundo.
¡ Libertad ! dijo, y los valientes pechos
De sus hijos la amaron, repitiendo
¡ Libertad ! y profética y tonante
La alta voz resonando
Por dilatadas zonas,
Al grito portentoso y retronante
Que cruzaba veloz por los espacios,
Sentisteis vacilar vuestras coronas
Y tembló el despotismo en sus palacios.
Temblasteis, sí, y á reparar la afrenta
Ora venís — ¿ Mas qué buscáis ? ¿ qué intenta
Vuestra aleve ambición ? ¡ Mengua y desdoro !
Lo está diciendo el bronce que retumba

Allá de Puebla en el torreón alzado,
Con furia contrastado:
Queréis que la República sucumba,
Y avaros y rapaces,
Al cavarle la tumba,
De América explotar el gran tesoro,
Sembrar la guerra proclamando paces,
El delito cubrir con manto de oro.
Tarde acudisteis por fortuna, tarde;
Que la amazona airada,
Al intento cobarde,
Se apercibe, se irrita, se estremece,
Y rechaza indignada
Las razones sutiles
Que solo entienden los gobiernos viles,
De no acorrer á do el peligro crece.
La india de que Europa enamorada
Por su belleza está; la que se sienta
A ver rodar al margen de sus ríos
Oro y piedras preciosas
Con que vuestra codicia se apacienta;
La que alarga las manos generosas
Al extranjerò huésped á quien ama
Y luego hermano llama;
Que en la hamaca, tendida, acariciando
Sus nobles esperanzas, el perfume
De las selvas aspira; — al torpe asecho,
Insultada en su fe y en su derecho,
El águila imperial dejará implume,
Brava saltando del flotante lecho.

Siéntelo así el bretón y retrocede,
Y con noble civismo,
Él que á ninguno en el valor le cede,
Renuncia al triunfo y se venció á sí mismo.
También el claro capitán hispano,
Prim magnánimo digo, no queriendo
Mancillar de sus armas la limpieza,
Que la prez del valor no alcanzó en vano,
Ve el robo, y la traición y la mentira, (3)
Y el brioso pecho rebosando en ira,
De México se aleja y lleva á España
Trocada en amistad la ardiente saña.
Así tú repitiendo,
Gran conde, la hazaña
Que ha llenado la historia con su estruendo,
¿Qué importa si el traidor tu acción impreca?
La dulce patria del antiguo azteca
Venció Cortés entrando y tú saliendo.

Quedó solo el francés, más no sus naves
Á incendiar se atrevió, como aquel grande
Y fiero castellano que en un tiempo
Se abrió á Tenochtitlan ancho camino. (4)
Con más prudencia, espera que cargadas
De espléndido botín serán en breve,
Ó guarida á sus haces destrozadas.
César ordena que acometan ¡César!
Parodia del romano

En quien llegar era vencer. Aqueste
Huelga y triunfa en París, y sus legiones,
Del suelo mexicano,
Mientras él se harta, muerden los terrones.
Pesándole la espada de la Francia, (5)
La trueca por la pluma, y borronea
Del héroe de Farsalia,
De aquel rayo de Italia,
En ocio blando la tremenda historia,
Porque le alumbre en el rincón oscuro
Que tendrá en el panteón de lo futuro,
El sangriento esplendor de su memoria.
Mas no del porvenir las áureas puertas
Al crimen coronado están abiertas:
¡ Empínate, pigmeo,
Pues por más que te busco no te veo!

Obediente á su voz la hueste avanza.
Vana soltando á su altivez las riendas,
Al triunfo cierto en júbilo rebosa;
« Voy á México, dice, á alzar mis tiendas,
Después de sepultarle en ancha fosa ».
¡ Crueles! seguid; la vuestra
Ya os aguarda famélica y siniestra.
México está de pie, Lázaro vive;
La libertad tocóle con su vara;
Desde los altos cielos
La bendición recibe,

De Guerrero, de Hidalgo, de Morelos,
Y á defender sus lares se prepara.
Con denuedo el inválido la furia
Del invasor y el ímpetu sujeta.
Del profanado hogar sabrá arrojarle
Vengando airado de su honor la injuria,
A golpes de muleta.

¡Y tú el primero, ínclito joven, fuiste,
Zaragoza inmortal, quien contuviste
Su ira embravecida; que á tu nombre
Que despierta un recuerdo sobrehumano
Sintió la sangre helada, y magno y triste,
Gimió en la tumba el tío del tirano!
Como el viento impetuoso
Barre las ondas fieras
Del golfo proceloso,
Ó esparce las espigas en las eras,
Los contrarios huyeron
A tu terrible empuje, diligentes,
Y el Dios de majestad « quebró los dientes
A los que el freno de su ley mordieron ». (6)
Zaragoza! ¡oh ilustre y alto mozo, (7)
Segado en flor á la brillante gloria
De tu insigne victoria!
Tú caiste, mas vive entero, ardiente,
Tu espíritu sublime en tus hermanos:
Juárez, Ortega, Comonfort, cien otros

Cuya fama voló de gente en gente,
Blanden la espada que vibró en tus manos;
        Y porque al mundo asombre,
Cual presagio feliz, Puebla eminente,
Heredó tus hazañas y tu nombre.

Ya la hueste imperial pávida y rota,
Repuesta del espanto en largo plazo,
Vuelve al combate y vuelve á la derrota.
        Del libre en la muralla
La muchedumbre indómita se estrella
Del bando usurpador; rudo la embiste
Y ceja y cía rechazado. En tanto,
La América á sus mártires incensa,
        Y de México asiste
Con el alma anhelante á la denfesa,
Dando lauro á los unos y á otros llanto.

¿Qué haces tú, mientras, Francia, cuya fama
Fiero el orgullo militar blasona,
Viendo oscilante del valor la llama,
Que tu antiguo poder se desmorona,
Y que rastrero el fraude se encarama
Al solio de San Luis? ¿Cuándo quebrantas
        El yugo maldecido,
        Y postras á tus plantas

Con tronante estampido
La vil traición del prócer fementido?
¿Por ventura perdiste el ardimiento
De tu intrépida raza? ¿Tu bandera
Es esa que se oculta en el combate? (8)
¿Pudiste en mal momento
Imaginar siquiera
Bajo un cetro gastado é infecundo,
De Puebla contrastada en los escombros,
Fuerzas tener á soportar un mundo
Como al postizo rey que alzaste en hombros?
¡Guarte, vieja leona!
Sardanápalo al circo te condena;
Ya desde el palco te contempla inerte,
Ya en la revuelta arena
El brutal gladiador tu sangre vierte:
La plebe aplaude, el déspota se encona.
¡Ea, pardiez, destroza tu cadena,
Y entiérrale en las sienes la corona!

América te envía
Su consejo de paz. Si en son de guerra
Vienes, entonces se alzará bravía
Y en su pujanza asombrará la tierra.
¡Triunfará Anáhuac! Las dolientes almas
De los que mueven fieros sus trastornos,
Por Mixitlí, Dios fuerte, confundidas,
Del Popocatepetl en las cavernas, (9)

Rebramarán y en sus ardientes hornos
Derribadas á angustias sempiternas.
La República al fin verá cumplirse
Sus prósperos destinos. Zaragoza,
De un mundo colosal primer baluarte,
Del derecho elevando el estandarte,
No puede sucumbir — caerán sus muros,
Y transformada en noble monumento
Que recuerde su gloria y su tormento,
Será eterno baldón á los perjuros.
Cualquiera de sus piedras calcinadas
Servirá á lapidarles, arrojadas
Por manos libres á su frente adusta,
Y la que Puebla fué, de heroísmo ejemplo,
En su tristeza augusta,
Podrá no ser ciudad, mas será templo!

NENIA

Llora, llora ûrutaú (*)

En idioma guaraní,
Una joven paraguaya
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el harpa así,
En idioma guaraní:

¡Llora, llora *úrutaú* (*)
En las ramas del *yatay,* (**)
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú —
Llora, llora ûrutaú!

En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;

(*) *Urutaú* — ave de dulcísimo canto.
(**) *Yatay* — palmera.

Vino la guerra y su saña
No ha dejado nada en pie
En el dulce Lambaré!

¡Padre, madre, hermanos! ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Solo amargas penas hay —
¡Padre, madre, hermanos! ¡ay!

De un verde *úbirapitá*
Mi novio que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pie sepultado está
De un verde ûbirapitá!

Rasgado el blanco *tipoy* (*)
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

(*) *Tipoy* — saya blanca que usan las paraguayas.

Lo mataron los *cambá* (*)
No pudiéndolo rendir;
Él fue el último en salir
De Curuçú y Humaitá —
¡ Lo mataron los cambá !

¡ Porqué, cielos, no morí
Cuando me estrechó triunfante
Entre sus brazos mi amante
Después de Curupaití !
¡ Porqué, cielos, no morí !. . .

¡ Llora, llora ûrutaú
En las ramas del yatay ;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú —
Llora, llora ûrutaú !

(*) *Cambá* — los negros.

AL PASAR

(Francia).

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
 A la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la ví la última vez.

Lucía el traje villanesco, saya
Corta, listada, un lindo delantal
Festoneado con cintas, de anafaya,
Y la toca plegada, de percal.

¡ En pocos años que mudanza ! apenas
Si pude conocerla ¡ cuán gentil !
Más fresca que las níveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz, era de un timbre
Más süave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hácia atrás y dar conmigo
No atinó á recordarme, se turbó;
Mas luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

«—Cómo! sois vos? me dijo alborozada,
«¡Vos aquí en la comarca!... ¿la salud
«Sentís de nuevo acaso quebrantada,
«Y en procura volveis de aire y quietud?»

«— No, Blanca, á otro país voy de camino.
« Dichoso fuera en descansar aquí,
« Donde ha tiempo llegara peregrino,
« Disfrutando la calma que perdí.

« Y bien lo siento, á fe... ¡ah, quien me diera
« Habitar otra vez el romeral,
« Perderme entre la viña en la pradera,
« Beber el agua virgen del raudal! »

No era ese el deseo caprichoso
Del que aspira á una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego á la aldëana bella
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando — « ¡ Ya murió! »

—«¡Murió! ¿cuando murió?» — «Cumplirá un año
Lo que empiecen las uvas á pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡ Ah! si vierais, desierto está el hogar! »

Yo estimaba aquel hombre franco, honrado,
De corazón ingenuo, sin doblez,
Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

« ¿ De qué murió ? » la dije. — « Estaba fuerte
« Como el tronco que veis de ese abenuz ;
« Un día entre la mies le halló la muerte
« Allí donde se alza aquella cruz ! »

— « ¿ Y os dejó alguna hacienda ? » — « Lo bastante
« Para vivir, la casa, y más aquel
« Molino que se vé blanquear distante,
« Los bueyes, el sembrado y el verjel. »

— « ¡ Pobre ! ¿ Y tu madre ? » — « Llora el día entero,
« Si queréis verla os llevaré, venid,
« Está allá abajo próxima al otero
« A la sombra tejiendo de la vid. »

— « Es tarde ya, » le contesté « y aun queda
« Lejos la aldea adonde voy, á más
« Temo afligirla ; el cielo la conceda
« El consuelo á sus penas, la dirás ».

—« Pero al menos » repuso, los colores
Animándola el rostro, « aceptaréis
« Del jardín de mi padre algunas flores
« Plantadas por su mano ¿ os negaréis ? »

¡ Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor !
Seguíla pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

***

Al punto en que á estrecharse el valle empieza
Hallábase la casa, al pie el jardín,
Donde entre ásperos brezos y maleza
Se enredaba á los mirtos el jazmín.

Ya en su recinto, Blanca, más ligera
Que una corza, con gracioso afán
A esas flores juntó la enredadera,
La violeta silvestre al arrayán.

Hízome un ramillete; sonrojada
Con infantil sonrisa me le dió;
Luego por una senda sombrëada,
Del arroyo á la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
Al grato son; el céfiro fugaz
Murmuraba en los sauces; blandamente
Gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
Que en esa alma limpia pude leer,
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta el amor en la mujer.

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

—« Quisiera ir adonde vais, quisiera
« Conocer otras tierras, » exclamó —
« Vino aquí vez pasada una extranjera
« ¡ Oh, cuántas maravillas me contó! »

Sombras de sueños vagos, el reflejo
De una esperanza indefinida ví
Sobre su frente, cristalino espejo
De un pensamiento ardiente y baladí.

— « Blanca, » la dije al levantarme — « habita
« Aquí la paz; que permanezcas fiel
« Al hogar de tus padres, y bendita
« Corra tu vida y venturosa en él. »

—« ¿ No volveréis?» —«¡Quien sabe! voy muy lejos . . .
« ¡ Adiós ! cuida á tu madre, que el amor
« De los hijos la savia es de los viejos,
« De la vida que muere último albor. »

A tomar mi caballo juntos fuímos. . . .
Lo que por mí pasó decir no sé,
Cuando una y otra vez nos despedimos
Y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope ; ya distante
La vista volví atrás. . . . estaba allí !
Su vestido de listas ondulante
A través del follaje distinguí.

Aquel fresco recuerdo de otros días,
Su imagen, que jamás podré olvidar,
Se mezclan á esas vagas harmonías
Que la vida acarician al pasar!

VICTOR HUGO

—

¿Veis esas rocas negras, escarpadas,
Que la onda brava rebramando azota?
¿Por qué el nauta al pasar larga la escota,
Y en su esquife, de pie, tristes miradas
Las dirige, y surcando su faz ruda
Una lágrima acaso, las saluda?
Allí el viento, las alas espaciosas
De vapores salinos impregnadas,
Muge doliente en funeral tristeza;
Estallan con estruendo pavorosas
Las tormentas; la niebla fría y baja,
Velando de las sirtes la aspereza,
Pende á modo de pálida mortaja:
Turba el silencio de las playas solas
El eterno tumulto de las olas.
Invisibles clarines convocando
Á oscuras guerras, bárbaras, extrañas,
Suenan del mar los monstruos sublevando,
Y las aves acuáticas, hurañas
Voltejean con ásperos graznidos

Sobre el piélago enorme, ó zahareñas
Cruzan buscando los ocultos nidos
En las grietas musgosas de las peñas.

Vosotros, hombres libres, que sombríos
En vuestra romería dura, austera,
Teneis solo una fe y una bandera —
Ante esos agrios riscos descubríos!
Es *Kidormur*, es Guernesey!.... ¡Bendita
La hospitalaria tierra
De la vieja Inglaterra!
Allí mora un titán, Hugo allí habita;
Hugo, de cuya frente luminosa
Brotan vivas centellas, y que luego
De vencido á traición, no en los combates,
Logró salvar ¡empresa portentosa!
Con su acendrado honor y sus penates,
De la alma libertad el sacro fuego,
Cuando en su ilustre patria perseguida
Tan sólo en la conciencia halló guarida.

De la llama inmortal firme custodio,
La espada del arcángel esgrimiera
Más poderosa que el puñal de Harmodio.
Con ella el fallo bíblico escribiera
En caracteres ígneos, consagrados,

Que al opresor condena y á sus huestes;
Mientras sus labios que en mejores días
Supieron entonar himnos celestes
Á la inocencia y al amor — tocados
De los carbones rojos de Isaías,
Los oráculos lanzan inspirados
Del porvenir, en graves harmonías.
El águila sintiéndose acosada
Remontó hasta el olimpo, y al Tonante,
        Soberbia, fiera, osada,
El rayo arrebató que fulminante,
        Con bríos soberanos
Á la frente vibró de los tiranos.
Como aquel fabuloso personaje
De la tragedia antigua, Filocteto,
Que de Hércules las flechas poseía,
Y de vencer con ellas el secreto,
De Lemmos confinado en la salvaje,
Agreste soledad, cuando su ultraje
Vengar ansiando de dolor rugía;
Así el grande proscripto de la Francia,
        Con sublime arrogancia
Á los nuevos Atridas desafía:
Los llama, arconte, á juicio, y humillados
Fueron en medio de su orgullo necio,
        De sus triunfos robados,
Por su profundo, abrumador desprecio!
        En el tiempo fijando la radiosa
Mente audaz, que su arcano nos alumbra —
En procesión solemne, portentosa,

Pasan ante él los siglos, y la Muerte
Al verle en la ardua cima á que se encumbra,
Cometa inmenso de la inmensa historia,
Que allí no alcanza con asombro advierte,
Y se postra vencida, deslumbrada
Por la aureola sagrada
De su virtud egregia y de su gloria.
Galo de raza, de la heróica tierra
Que defendió Vercingetorix bravo
Contra el poder de César, en la guerra
En que el libre luchó contra el esclavo ;
Del destino fatal en la balanza,
Donde de aquel bastardos descendientes,
Ministros de odio, seides de venganza,
Arrojaran la espada, rudo emblema ;
Él, revestido de grandeza suma,
Ciñendo de su genio la diadema,
Arrojó en contrapeso la áurea pluma :
Á las sagradas musas se propicia :
Prorrumpe en noble canto,
Y su estro se alza tanto
Que es de esta edad oráculo y delicia.
Del hogar de sus padres desterrado,
Como hijo predilecto
El mundo le ha adoptado ;
Y en la alta frente del varón provecto
Que es égida á sus dioses, dominante
La estirpe en él al recordar de Atlante,
Del pontífice magno colocara
Sobre el fresco laurel la excelsa tiara.

Honrad ¡pueblos! al ínclito poeta
Que cantara el amor en harpa de oro:
Al augusto profeta
Que enjugó en su pendón su tierno lloro,
Y al tremolarle al viento en sacro rito,
Del idëal señala el horizonte,
Mientras trepando audaz de monte en monte
Nos guía victorioso al infinito! . . . . . .
El tiempo raudo pasa
Y cuando el ala fúnebre despliega,
Así la flor doblega
Como las cumbres gélidas arrasa:
A la inmortalidad anticipáos;
Al genio que se cierne en las alturas
Llevad ofrendas puras —
Á sus aras brillantes acercáos;
Rosas allí enlazad con verde palma,
Y los fuertes, honrados corazones,
Que siempre hallara la Verdad propicios,
Con la esperanza al recobrar la calma,
La ofrezcan abundantes libaciones,
Y nobles y gloriosos sacrificios.

Cuando caiga el coloso, (aleje el cielo
El terrible momento), que su alma,
Desplegando alto el vuelo,
A confundirse en la harmonía vuelva
De la naturaleza, — triste y viuda

De su numen la tierra á quien escuda —
Bramará el mar, suspirará la selva ;
Y como antorchas dignas solamente
De sus grandes exequias, sus volcanes,
En su dolor vehemente,
Y en honor de sus manes,
Por el criador espíritu agitada
Que en sus entrañas vívido fermenta,
Encenderá algún día en sus misterios :
Entonces en entrambos hemisferios,
Ya de sufrir cansada,
Hundirá en sus cenizas los imperios
De su trágica historia torpe afrenta ;
Y en su vasta rüina,
De la justicia eterna en luz bañada,
Levantará gloriosa y opulenta,
Navegando la esfera cristalina,
Al hombre libre en la ciudad divina !

Á ERNESTO ROSSI (*)

Tierra de bendición que *Apenin parte,*
Sublime *donna,* Italia! ¿Qué grandeza
Rëalza eternamente tu belleza
Que nadie admirar puede sin amarte?

Magna el mundo te vió cuando de Marte
Ceñiste el casco, y en mayor alteza
De tus ruinas haciendo en tu tristeza
Mausoleo á la gloria, templo al arte.

Tu genio por el orbe se derrama
En cascadas de luz, más esplendente
Cuanto más negra noche te envolviera.

Hoy que triunfas, heraldo de tu fama,
Rossi, el supremo actor de vasta mente,
Nuestras almas conquista á tu bandera.

(*) Este soneto inserto anónimamente en «La Tribuna» (1865) fué luego reconocido y contestado por Rossi con el que va en la página siguiente, usando los mismos consonantes. Ambos reprodúcense aquí solo por dejar consignados la admiración del autor del primero por el insigne trágico, y la fineza y el ingenio feliz con que supo este corresponder de improviso á una espontaneidad amistosa.

A CARLOS GUIDO SPANO

TERRA cara, ospital, che il Plata — parte,
Giovine ancor, vetusta in tua — grandezza
Colpisci lo stranier di tua — bellezza
Si, ch'è per lui dover primo — l'amarte.

L'elmo, lo scudo non cinger di — Marte,
Non comprare a tal prezzo la tu' — altezza,
Onde bandir dal cor ogni — tristezza
Grande rendi il tuo popolo coll' — arte.

Santi virtude ai figli tuoi — dirama
Come raggi di luce — risplendente
Al par d'un dì giocondo in — primavera.

¿Non hai tu pur araldi di tua — fama?
¿Guido il poeta dalla salda — mente
Non porta con onor la tua — bandiera?

ERNESTO ROSSI.

DEL ITALIANO

(César Cantú.)

« Por fin llegaste, mi caballero !
Te veré al alba » Luisa exclamó ;
Con pensamiento tan lisonjero
Se adormeció.

Sueña: contempla muda el arreo,
Las nobles armas del adalid,
Con que triunfante dejó el torneo,
Venció en la lid.

Oh! que ventura la del regreso
Cuando sus brazos nos tiende Amor !
Bello momento que en embeleso
Trueca el dolor.

Ella le cuenta las amarguras
Las hondas penas á que él da fin ;
Y oye las cuitas, las aventuras
Del paladín.

¡ Fugaz delirio, pérfida calma !
Cándido un ángel la da el placer
De aquellas dichas que ¡ay! á su alma
No han de volver !

Sangriento — apenas la luz clarea —
La traen un casco ¡ bárbaro afán !
El mismo casco que por presea
Dió á su galán.

« Cuando al castillo próximo estaba,
Traidor le hiere rival crüel :
Cayó ; muriendo tierno clamaba
Por tí el doncel. »

Luisa entra monja, y en el convento
Si alza á Dios himnos con tierna unción,
Al muerto amante vuela en el viento
Su corazón.

« ¿Desde los cielos ¡oh, dí, mi amado,
La vista al mundo sueles tornar ?
¿ Oyes mi llanto nunca agotado.
Ves mi pesar ?

¡ Alma süave ! llega la hora
Que el mortal velo desgarraré,
Y en que á tu lado la que te adora
Por siempre esté !

BUENOS AIRES

Fue en las riberas que fecunda el Plata,
Peregrina región que cual ninguna
El estro á las estrellas arrebata,
Donde en honrado hogar se alzó mi cuna.

¡Salve al gran río cuya faz retrata
La argéntea luz de la esplendente luna,
Ora arrastre sereno, ora combata
El esquife en que voy con mi fortuna!

Buenos Aires ¡oh patria! aunque me olvidas,
Mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
Tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.

Cuando ya no den sangre mis heridas,
Al cielo un postrer voto alzar pretendo:
Dormir mi último sueño en tu regazo.

¡ADELANTE!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
Si como ayer tenaces trabajamos,
El monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
Asilo de la enérgica pobreza;
Donde creció el jaral y la maleza
La viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
Busque adulando á su señor adusto,
El torpe corazón siempre con susto
De perder de su afán el fruto vil.
Mientras esparce el odio y la zizaña,
Nuestras robustas manos siembren trigo;
Mientras ve en cada hombre un enemigo,
Amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une
Se apretará con la honradez probada;
¡ Sús, al combate ! á la conquista ansiada
Del trabajo fecundo en la legión.
¡ Victoria al más intrépido ! Bizarro,
Sus pensamientos en la patria fijos,
Ese llegue á tener hermosos hijos,
Hombres libres, de limpio corazón.

La gran naturaleza nos invita
A su festín suntuoso; seamos parcos,
Y al repasar por sus triunfales arcos,
La libertad nos guíe con su luz.
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
La paz y la abundancia nos esperan:
A los valientes que en la lucha mueran,
Un recuerdo, una palma, y una cruz!

No desmayeis conscriptos del progreso;
Rasgue el arado el seno de la tierra;
Guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,
Amor á Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
Allanemos la ríspida montaña,
Y sea nuestro orgullo y noble hazaña
En cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz ; la ruta
Nos la haga menos ardua el dulce canto
Del poeta ; las artes con su encanto
Den á nuestra energía el galardón.
Busquemos la gran patria en que los hombres
Se reconozcan prósperos y hermanos,
Invitando á los pueblos soberanos
A seguir de los libres el pendón.

Y dulce será el ver en nuestros lares
De la jornada al fin, todos reunidos,
A los seres amables y queridos
Que ennobleció el trabajo y la virtud, —
Recordando los triunfos del pasado
En las largas veladas del invierno,
O elevando sus preces al Eterno
Que nos da la esperanza y la salud !

RIO JANEIRO

¿ Qué podré yo decir en tu alabanza,
Tierra de luz, de paz, de poesía,
En que se abrió la flor de mi esperanza,
Que hoy su perfume al expirar te envía !

Quizá ya nunca, pues el tiempo avanza,
Volveré á ver tu cielo, tu bahía,
Ni á soñar vagabundo en muelle holganza
Perdido entre tus selvas cual solía !

¡ Oh princesa del valle florecido
Cuyos pies besa el mar, que la alta cima,
Refleja de tus montes seculares !

Aunque ausente de tí, jamás te olvido,
Pues de mi alma el amoroso clima
Está donde susurran tus palmares !

RECUERDOS

Si se condensa en lágrimas la vida
¡ Cuánta noche en el alma ! los recuerdos
Pueden solo guiarla en tanta sombra,
Cirios flotantes, pálidos luceros.

Con sus fúnebres alas misterioso
Viene después y los apaga el tiempo :
¡ Ay ! resta apenas del festín concluído
El vaso roto en que espumó el falerno.

Á la ilusión, á la esperanza entonces,
Cisnes gimientes, las arrastra el viento,
Y caen marchitas las brillantes flores
Que amor dichoso cultivó en secreto.

Si alguna acaso su frescor no pierde,
Si queda alguna en el altar desierto,
¡ Oh, guardadla, su aroma es de la tierra,
Su raíz inmortal está en el cielo !

VOTO

Tú que en los días de tristeza y luto
En tu albergue rural me recibiste
Con simpática gracia, y me ofreciste
De tu bondad angélica el tributo;
Recoge el dulce fruto
De tu inocente vida,
Flor en la selva virgen escondida.
Que del mundo falaz á tu oído,
En auras halagüeñas,
No llegue otro rüido,
Sino el de la cascada que en las peñas
Se quiebra, — el suave canto, el aleteo
Del pájaro buscando en el follaje
El nido oculto imán de su deseo;
De los pinares el rumor salvaje;
Al caer la tarde el místico lamento
De la campana en la vetusta ermita
Que al pastor religioso á orar invita,
Y al volver al aprisco á paso lento
Por las verdes laderas,
El rústico balar de tus corderas!

ELVIRA [10]

Traducción de Lamartine

—

Sí, el Anio de Cintia el dulce nombre
En las rocas de Tibur aun murmura;
Valclusa ha conservado
Con inmortal renombre
El de Laura adorado,
Y allá en la edad futura
Dirá siempre Ferrara el de Eleonora.
¡Feliz la hermosa que el poeta adora!
¡Feliz el nombre amado
Por su harmoniosa lira consagrado!
Tú á quien su alma en secreto está rendida
¡Oh, sí, puedes morir: él en el tiempo
Imprime á cuanto adora eterna vida,
Y el amado y la amante
Unidos, en un vuelo
Suben del genio en alas hasta el cielo.
Ah! si mi barca frágil, zozobrante,
Fuese al puerto impelida
Por más benignas auras; si en mi oriente
Astros más bellos su esplendor me dieran;
Si de un ángel el lloro haciendo amiga

La fortuna inclemente,
De la muerte enemiga.
Disipara las sombras en mi frente!
Quizás.... Oh! sí, perdón numen del canto!
Osaría ¿un amante que no osara?
Llevar mi audacia á tanto
Que á igualar alcanzara
La intensa llama cuya luz me inspira;
Y entonces levantara,
Emulando los triunfos de la lira
Al celebrar mi dicha y mi tormento,
De nuestro dulce amor un monumento.
Así el viajero que descansa un punto
Al abrigo del valle solitario,
Antes de continuar la ardua jornada,
Se complace en dejar allí grabada
Su cifra, en algún tronco hospitalario
De que gustó la sombra regalada.

¿No veis cual todo cambia ó muere en torno?
Pierde la madre tierra
Sus frutos, y su adorno
La selva hojosa pierde;
El río en la honda mar se abisma; queda
A un soplo de los vientos
Marchito el prado verde;
Y el carro del otoño recibiendo
El rudo empuje del invierno, rueda
Del año en la pendiente,

Como un gigante armado y prepotente
Los seres todos al acaso hiriendo.
En su vuelo incansable
El Tiempo con la Muerte al huir renueva
Este universo instable!
Se hunde en perpetuo olvido
Cuanto segando va con fiera mano:
Ve así caer un rápido verano,
De los espigadores en la cesta
Su corona de fiesta;
Y la viña feraz que amarillece,
Ve que el fecundo otoño sus opimos
Y dorados racimos
Del vendimiante al carro los ofrece.
De este modo también caeréis vosotras
¡Oh breves flores de la vida! ardiente
Amor, placeres, juventud, belleza;
Belleza fugitiva, almo presente
Que el cielo mismo envidia á los mortales;
Así caeréis si el genio en su grandeza
No os levanta en sus palmas inmortales!
Contempla compasiva cual se embriaga
En brazos del placer, rica de encantos,
La vulgar juventud. Cuando agotare
La copa en que su sed ardiente apaga
¿Qué de ella en pos? Apenas un recuerdo;
Su amor al borde del sepulcro expira....
Mas en vano tu lápida mortuoria
Siglos y siglos hollarán. Elvira,
Eterna es tu memoria!

LA NOCHE

Valle de Ingá (Brasil)

La agreste soledad yace en tinieblas.
El labrador descansa; el valle duerme.
Corona de los cielos fulgorosa
Brillan los astros de la Noche — ¡Oh, salve,
Madre sublime de los dulces sueños!
¡Bendita cuando vienes de este albergue
Donde huyendo del mundo hallé un refugio,
A cubrir con tu manto las montañas,
Á rociar con tus lágrimas las flores!

Solemne, funeral, lóbrega, dime:
¿Llevas acaso el luto de los siglos?
¿Lloras, eterna viuda, algún sol muerto
Que te dejó en herencia las estrellas?
¿Sales del caos ó marchas á la nada?
¡Quién podrá penetrar en tus enigmas!......
Noche mejor que el día ¡cuánto te amo!
Y cuánto el bello resplandor me arroba
De esa lámpara opaca con que alumbras
Tu paso triste en la región del trueno!

Pláceme, sí, tu celestial lumbrera
Muy más que el sol cuando en soberbia pompa
En el espacio vívido refulge,
Naturaleza en júbilo palpita,
Y sonríe entre auroras el olimpo.

Tú con sigilo del amor proteges
Los sagrados misterios; tú del canto
Eres al par la inspiradora augusta.
Julieta está á tu espera en el castillo,
Y en la alta torre el sabio taciturno
Que en los astros horóscopos descifra.
Oye! es la voz del trovador errante
Que al pie del torrëón lanza sus quejas
Al blando son del bandolín; — se escucha
Rechinar un balcón; cae á las plantas
Del doncel una flor; — aplica al muro
Ligera escala de torzal tejida:
Se signa, sube, y el balcón se cierra......
Luego la calma, la mudez profunda!

Acaso por tu sombra cobijadas
Dejan las almas tiernas sus sepulcros,
Se buscan y se abrazan sollozantes
En las ondas del viento; el aura acaso
Va en sus tenues suspiros impregnada

Cuando riza las aguas de la fuente,
En la selva murmura lamentosa,
Ó bien columpia el mimbreral marino.
Es la hora! venid, genios del aire
En un girón de niebla plateada;
Leves hadas, venid de largos velos
Cubiertas, sobre el lago transparente
Á ejercitar vertiginosas rondas,
La cabellera rubia suelta en bucles.
Abandonad los entreabiertos lirios
¡Oh silfos invisibles! arrastrados
Por raudas y vagantes mariposas
En vuestro carro de cambiante nácar.
¡Espíritus nocturnos, yo os evoco,
Ora que el alma lánguida fluctúa
En el diáfano mar de los recuerdos,
Como en la clara linfa un cisne herido
Que el ala extiende sin volar, y nada
Á merced de la límpida corriente.
¡Venid, venid, rozad con vuestro aliento
Y refrescad mi sien, por que allí brote
La inspiración ha tiempo adormecida,
En blandas, melancólicas endechas.
¡Oh, dejadme soñar, hasta el momento
En que la luna, sol de la memoria,
Despliegue al aire el pabellón de plata,
Con él cubriendo la ignorada tumba
Á que el hado fatídico me inclina.
En tanto ¡oh Noche! suelta tus crespones,
Y envuélveme en tu paz y en tu silencio!

CÁNTICO (*)

CARIDAD que del cielo desciendes
Revestida de gracia y de luz,
En tu amor nuestras almas enciendes
Cuando imploras al pie de la cruz.

¡Oh, qué fuera sin tí, sin tu aliento
La progenie dispersa de Adán!
En tus aguas saciaste al sediento,
En tus trojes el hambre halla el pan.

Bajo el manto al desnudo le abrigas;
Tú del Cristo gemiste á los pies,
De Miriam (**) el tormento mitigas,
En las ondas salvaste á Moisés.

(*) Esta composición fué ofrecida (1876) á la Sociedad de Beneficencia, para un concierto organizado bajo sus auspicios, en favor del Hospital de Niños. El maestro D. Avelino Aguirre la puso en música y dirigió su ejecución.

(**) Miriam *estrella del mar*. El nombre hebreo de María.

Desde entonces el huérfano alcanza
Los cariños de tu alta piedad ;
La niñez es albor y esperanza;
Tú eres llama, salud y bondad.

De Verónica el lienzo estampaste,
En Canaan diste tumba á José,
Á Tobías sublime inspiraste
Santas obras que ensalzan tu fe.

Por tí es dulce el raudal de la vida,
Por tí el templo á los tristes se abrió ;
Tú das bálsamo suave á la herida
Del guerrero que heroico lidió.

Al cautivo tu esfuerzo redime
Empuñando el celeste broquel ;
No toleras que al justo se ultime;
De sus hierros libraste á Israël.

Hoy te llama la infancia doliente.
Amorosa corriste á su voz.
¡ Himnos puros del labio inocente,
Grato incienso, subid hasta Dios !

AMIRA

¿Conocéis á la rubia y tierna Amira?
¡Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego!
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
Hay en su voz la suavidad de un ruego.

El flamenco nadando en la laguna
Entre el verde juncal, no es más gallardo:
Espira un vago resplandor de luna,
Tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora
De su candor al virginal destello;
Se sueña con las rosas, con la aurora,
Con las hebras de luz de su cabello.

Parece que un espíritu celeste
Siguiéndola invisible la perfuma,
Y que su blanda y ondulante veste
Por el aire agitada hiciese espuma.

Ayer la ví pasar en lontananza,
E imaginó mi alma entristecida,
Era el ángel de la última esperanza
Que buscaba el sepulcro de mi vida!

HIMNO

¡Oh querida! jamás mi labio pudo
Decirte cuanto te amo! en mi pasión
Te he contemplado palpitante y mudo,
De mi noche sin fin cándido sol.

Místico velo mi cariño ha sido
Con que oculté celoso tu beldad;
En mi alma tu amor así ha crecido
Como exquisita flor bajo un fanal.

Nunca se oyó en mis himnos profanado
Tu dulce nombre; altivo desdeñé
Comprar, en tus encantos inspirado,
Para mi frente pálida un laurel.

La gloria está en tu amor; sordo á la fama
Quiero oscuro á tu lado ser feliz;
De mi afecto veraz la interna llama,
Arde solo y alumbra para tí.

¿ Qué da á los hombres la ventura ajena ?
¿ Irá á cantar en el festín mi voz,
Es una copa de perfumes llena
En que impregnada estás, tu corazón ?

Ignore el mundo tu belleza, ignore,
Cuanto hay en tí de suave, de idëal ;
Que su contacto impuro no desflore
De tu sien la guirnalda de azahar.

Eterna viva en la memoria Elvira
De los siglos, y Laura y Beatriz,
Dulces astros de amor en que se inspira
La mente audaz, el estro juvenil.

Yo quiero para tí sombra y sigilo,
Y arrojando en los mirtos el laúd,
Vivir, morir amándote, y tranquilo
Ir á aguardarte á la región de luz !

SEMBLANZA

Más süave que el vuelo de la brisa
En el rosal florido es mi adorada;
Grave, modesta, tierna, recatada,
A todos blanda, sólo á mí sumisa.

Argentina es su voz, dulce su risa
Del amor por la llama iluminada;
El rayo azul del cielo en su mirada,
Da de su origen la señal precisa.

El cabello ondëante, esbelta y fina,
Recto el perfil, rotundo el níveo seno,
¿Quién vió jamás tan célica hermosura?

Es una estatua griega, una alba ondina
Surgiendo leve del cristal sereno
Al fulgor de la luna en la espesura!

AT HOME

BELLA es la vida que á la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡ fiel compañera!
Y levantad á Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración.
Él es quien nos reune y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Dá su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
Luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodëarme de cariños ;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren á las pompas de la tierra ;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana :
Amar la caridad, amar la ciencia ;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
El sendero del bien ; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació ;
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber ; en ella
El despotismo estúpido se estrella :
De la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz, y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de amor, de paz, que es la harmonía,
Podáis decir de vuestro padre amado:
Latió en su pecho un corazón honrado:
No fue un prócer, fue más, hombre de bien.

SIEMPREVIVA

Á CUBA

De lejos noble cautiva
Asistí á tus funerales!....
Una humilde siempreviva
Te envío, de una alma altiva
Que lloró por tí á raudales.

Muerta estás, pero tu gloria
Es tan sublime y tan pura,
Que al consignar tu memoria
Vergüenza tendrá la historia
De verte en la sepultura.

Allí tal vez agrupados
Del monte en las nieblas bajas,
Vélante el sueño aun armados
Tus guerreros ya finados,
Envueltos en sus mortajas.

Y diz que en ciertos momentos
De la noche, entre suspiros,
Se oyen flotando en los vientos,
De tus vates los lamentos,
Los ayes de tus *guajiros.*

¿ Cómo pugnaste tan sola ?
¿ Quién á tu brazo dió fuerza
Contra la hueste española,
Que á la conquista se inmola
Y sin cesar se refuerza ?

¡ Oh de la patria amor santo !
¡ Oh libertad, que levantas
Al débil, y le alzas tanto,
Que llega á infundir espanto
Á quien le tuvo á sus plantas !

Tú por trozar tus cadenas
¿ Qué no hiciste indiana hermosa ?
¡ Cuánta sangre hubo en tus venas ! . . .
¡ Cuánta amargura en las penas
De tu noche borrascosa !

Dulce criolla, has sucumbido
Como paloma en los mares
A quien faltara el volido
Para llegar hasta el nido
Entre los verdes palmares.

Ahogó el atleta en sus manos
A la virgen antillana
¡ Han triunfado sus tiranos !....
¡ Aplaudid, americanos,
La soberbia castellana !

Presenció tu sacrificio,
Cuba, el siglo indiferente,
Y aun te empujó al precipicio ;
Mas lleva hoy de tu suplicio
El gran estigma en la frente.

Desde aquí tu inmensa ruina
Contemplo, y fieros destrozos,
Impertérrita heroina,
Y de tus hijos se afina
Mi harpa triste á los sollozos.

Solo su ofrenda recibe
Ya que el mundo te abandona.
La mente apenas concibe
Como inerte ni percibe
A la postrada amazona.

¡Duerme en paz!... ¡Blanda te alumbre
En tu mansión funeraria,
Que es tumba, y altar y cumbre,
La melancólica lumbre
De tu estrella solitaria!

Vendrá un día.... más no el velo
Rasgue el bardo á tu destino.
Te custodian desde el cielo,
La Esperanza con su anhelo,
Y Dios con su amor divino.

Año 1878.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

ESTRELLA solitaria de la tarde,
De los cielos viajera misteriosa,
Que desde el éter puro fulgurosa
Al alma el fuego irradias en que arde —
Estrella solitaria de la tarde!

¿ Qué augusta pena su palor te imprime,
Con que hasta el fondo del recuerdo brillas,
Cuando del mar absorto en las orillas
Mudo contemplo tu beldad sublime?
¿ Qué augusta pena su palor te imprime?

De los dulces ensueños blanca aurora,
De la esperanza refulgente faro,
Al infeliz amante eres amparo
Que en tí da cita á la que tierno adora,
De los dulces ensueños blanca aurora!

Cuando al zenit magnífica te encumbras,
Vuelve el pastor del hato á su cabaña,
Se recuerda á la patria en tierra extraña,
En el piélago undoso al nauta alumbras,
Cuando al zenit magnífica te encumbras.

¡Límpida estrella de esplendor celeste,
Estrella del amor! mis pasos guía
Tus rayos esparciendo y tu harmonía
De mi existencia en el desierto agreste,
Límpida estrella de esplendor celeste!

Al fulgor de tus pálidos zafiros,
Sobre la humilde fosa que me guarde,
A tí mi alma en la tranquila tarde
Suba del aura envuelta en los suspiros,
Al fulgor de tus pálidos zafiros.

Fijando la mirada en tu aureola,
Si la precedo acaso en la partida,
Mi amiga fiel recuerde enternecida
Que en el valle del llanto amé á ella sola,
Fijando la mirada en tu aureola.

Preside dulcemente á su destino,
Tú que del monte Oreb (11) en las alturas
Brillaste, y en las bíblicas llanuras
De Senáar (12) con resplandor divino,
Preside dulcemente á su destino.

¡ Eterna luce hermosa y rutilante
Lágrima ardiente del Inmenso ; inflama
Los castos pensamientos y derrama
La ilusión, la esperanza al pecho amante !
¡ Eterna luce hermosa y rutilante !

PASÓ....

SEMEJABA una mística azucena
Puesta sobre un altar de mármol fino;
Una alma de luz llena
Flotando entre las nieblas del destino.
La encontré en mi camino;
Aun la veo pasar sonriente y pura
En la profundidad de mi memoria,
Que su graciosa imagen diviniza.
Sentí que me inundaba en su frescura,
De su virtud en el sencillo encanto:
Amarla fué mi religión, mi gloria....
Aquella alta ventura
Que el recuerdo eterniza,
Pasó como una sombra, como un canto.
La dulce flor se convirtió en ceniza,
Y mi aurora fugaz en noche y llanto!....

BRUMA

Como en un negro manto
Me envolví en el silencio, pues presumo
Que dulce al expirar mi último canto,
Lo que ayer fuera llama hoy solo es humo!

CELAJE

¡Oh pensamiento! un día
Al desplegar tus alas,
Soñaste con la gloria,
Con la fortuna ingrata.
Sueño fugaz! apenas
Hoy lo recuerda el alma,
Buscando en el pasado
Mis huellas, ya borradas.
¡De mis primeros cantos
Enmudecida el harpa!
¡En el altar derruído
Ni incienso, ni plegarias!
¡Marchita, eternamente
Marchita la guirnalda,
Que ornó la frente pura
De la consorte amada!....
Marchemos á la lumbre
De las estrellas pálidas;
La cima está muy lejos,
Y la pendiente es agria;
Marchemos, aspirando
Las azucenas blancas,
Que entre las grietas crecen
De la fatal montaña!....

Á MI HIJA MARÍA DEL PILAR

TENGO en el valle de la vida un lirio:
Mi dulce hija: placidez, candor;
Luz en la noche triste del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es harmonía. Todo en ella,
Modestia, gentileza, suavidad:
Destello azul de mi eclipsada estrella,
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;
De las espigas en sazón la tez:
El talle de Polimnia, erguido el cuello:
Dátil nuevo de Smyrna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca granada, y es su andar
Gracïoso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia.
Su frente: inspiración. Es tanto así,
Que de ella emana la divina esencia
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamáranla su hermana:
La clara fuente, ninfa: el campo, flor.
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva sombría el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobase en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
Ó la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva,
Y se aspira el olor de la virtud;
Mi vida en ondas mansas se renueva,
Remontando á la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sion
Cruzando con sus lámparas el templo,
Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina á recibirme avanza,
La imagino en su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
Ella mi lira de marfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¿Quién podría
Su júbilo, su gloria traducir?
¡Oh mi muerta adorada! ¡Oh mi Sofía!....
¡Porqué tan sola te dejé partir!....

La que mimara infante es virgen pura,
Coronada de mirto y azahar;
Mirra escogida, fuente de ternura,
En mi zozobra oriente y luminar....
. . . .

Busqué la playa y encontré el desierto;
Las arenas quemáranme los pies;
Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy, y sin mañana, y sin después.

Ven, hija, ven, que el templo está derruído;
Sus columnas tumbara el vendaval;
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos en la sombra,
Custodio de tu dicha, seguiré;
La campiña á tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la agreste vid;
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo;
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada;
¡Dios te conduzca al suspirado edén!....

Á MARTÍN DE LA QUINTANA

En la muerte de su hijo Hugo

¡PERDISTE el hijo amado!....
¿Quién á tal duelo el bálsamo presume?
Fresco lirio tronchado,
Apenas entreabierto ya agostado,
Exhaló al alba el celestial perfume!

La jaula está vacía,
Del ave tierna que alegró la casa
En dulce y fausto día;
La cuna ayer caliente hoy está fría
Como una tumba en que el amor fracasa!...

Quizás ¡oh! la Inocencia
Que vela ante los ángeles dormidos,
Lamenta allí la ausencia
Del que dejó al partir por toda herencia,
Sonrisas, y juguetes esparcidos.

La Muerte en asechanza
Medita el golpe entre la sombra oculta:
Derribe sin tardanza
Al que lleva perdida la esperanza
Y triste en vida el corazón sepulta.

¡Pero á un precioso niño!....
Misterio atroz, sentencia formidable
Que abomina el cariño.
¡El tigre salva, inmólase el armiño!
¡Oh mundo incomprensible y miserable!

Encierra los despojos
De tu hijo en urna de ónix bien labrada,
Pues fue luz de tus ojos;
Como envuelve el colono en los rastrojos
La yerba campesina en flor segada.

Yo llevaré mi ofrenda
Del niño muerto á la mansión oscura;
Mirra aun tengo en mi tienda,
Y la sabré quemar de afecto en prenda,
Uniendo la blancura á la blancura.

Agosto 1878.

LUZ Y TINIEBLA

En la edad juvenil cuando el sol dora
La verde cumbre y el rosal en flor,
Cándida el alma imprégnase de aurora,
La vida es resplandor!
Mas cuando ya la sombra en torno crece,
Marchitos del verjel los albos lirios,
Que del amor la estrella palidece,
Es un templo en que apáganse los cirios,
Y en cuyas anchas naves aun vibrantes
Del órgano sonoro, y humëantes
De incienso y mirra, místico ha cesado
El cántico sagrado!

NOTAS

I. « *La noble sangre de mi heroico abuelo* ».

En el «Monitor Araucano» tomo 2°, número 26, fecha viernes 11 de Marzo de 1814, publicado en Santiago de Chile en la imprenta del Estado, por don J. C. Gallardo, se lee la siguiente proclama y decreto del *Supremo* Director del Estado, don Antonio José de Irrisarri, referente á mi abuelo el Coronel don Carlos Spano :

« Ciudadanos ! al anunciaros que ha muerto el Coronel don « Carlos Spano, sé que un triste silencio sobrecogerá á cada « uno de vosotros, y que penetrados de la desgracia que en « esto ha sufrido la Patria, lloraréis la pérdida del valiente y « distinguido héroe de Talca. Cuando cada uno de vosotros ha « sido testigo de las virtudes, servicios y amor á la Patria de « este benemérito é incomparable oficial, yo solamente os « haré presente los últimos sucesos de su vida, para rendir de « este modo el homenaje debido á la memoria del primer euro- « peo ciudadano de Chile.

« Invadido Talca por una respetable división enemiga en « circunstancias que se hallaba sin guarnición alguna, el he- « roico Spano, sostuvo la plaza, haciendo una vigorosa defensa « sin otro auxilio que veinte fusiles, tres cañones con setenta « artilleros y treinta lanceros. Contestó al invasor que solo « después de su muerte ocuparía la ciudad que estaba encar- « gada á su cuidado ; y cuando ya el enemigo era dueño de « todas las calles de la ciudad y de las cuatro entradas de la « Plaza Mayor: cuando el valiente Gamero, único oficial que « sostenía el fuego contra el enemigo, quedó muerto al pie de « su cañón, otro de los oficiales dijo á nuestro héroe : « Ya

« hemos hecho cuanto pide el honor, huyamos ahora; aun hay « una calle descubierta ». Mas este hombre digno por todos « títulos de nuestra admiración y gratitud, respondió: « Aun no « es bastante, yo no debo sobrevivir á las desgracias de la « Patria ». Y observando entonces que los enemigos acometían « á quitar la bandera tricolor que se elevaba en el centro de la « misma plaza, corrió presuroso por entre el tropel de los tira- « nos, y abrazándose de ella cubierto de heridas, su voz balbu- « ciente pronunció por últimas palabras: «Muero por mi Patria, « por el país que me adoptó entre sus hijos ».

En seguida recuerda la proclama á los chilenos, los servicios de Spano. « No os le presento», dice, «vencedor de Chillán « el 3 de Agosto y ocupando casi toda aquella ciudad: tampoco « casi abrasado en el incendio del mismo día 3, por defender « una de nuestras baterías: no le miréis organizando é ins- « truyendo la fuerza que ha salvado la Patria, ni le consideréis « como uno de los mejores oficiales que han existido en Amé- « rica, y que tal vez no conocía otro superior en su línea: « os lo presento solamente en los últimos instantes de su vida « defendiendo á Talca, infundiendo valor al pequeño número « de sus defensores, y respeto á los tiranos, y sé que vuestra « gratitud hácia las respetables cenizas de este ilustre ciudadano « no tendrá límites, y que recordaréis su memoria con el más « tierno agradecimiento mientras exista el nombre sagrado de « la Patria.

« En fuerza de estas consideraciones he venido en decretar « lo siguiente:

« 1º — Luego que se reconquiste Talca, se levantará en medio de la Plaza Mayor de aquella ciudad una pirámide con esta inscripción: La Patria agradecida al héroe de Talca, Spano.

« 2º — Se grabará también su nombre en la pirámide de la « Fama, con la distinción de que sea inscripto en letras de oro.

« 3º — En todos las Cabildos del Estado se registrará este « decreto.

« 4º — Luego que se concluya la guerra, el Estado hará

« donación á su apreciable familia de un fundo cuyos produc-
« tos sean suficientes para que se sostenga, y entre tanto, se
« asignará á su viuda una pensión de cien pesos mensuales.

« 5º — Se celebrarán en esta capital á costa del Estado
« exéquias fúnebres por su alma, con asistencia mía y de todos
« los cuerpos públicos, y con la mayor pompa y solemnidad.

. . . .

Santiago, 11 de Marzo de 1814.

Antonio Jose de Irrisarri.
Mariano de Egaña.
Secretario.

2. De las composiciones que he escrito en portugués, solo esta elegía ha escapado de la destrucción á que fueron sus compañeras por mí inexorablemente condenadas. El nombre querido que lleva al frente la ha salvado. Doy aquí su traducción literal, para aquellos que no conociendo el idioma en que fue concebida, deseen al hojear este libro darse cuenta de un homenaje dedicado á la más tierna amistad.

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DE JOSE FRAÇAO VARELLA

¿Será acaso ilusión el que los muertos nos escuchan — que entre el ramaje de los lúgubres cipreses del sepulcro, murmura suavemente la voz que arranca de nuestra alma, y se remonta hasta la mansión augusta de la eterna ausencia?

¿Revive la llama en las heladas cenizas?

¿Existe acaso allá en el cielo un eco que responda á los suspiros de la tierra?. . . . . Misterio! lóbrego abismo en donde se derrumba el débil pensamiento que animado al calor de las dulces memorias, va entre las sombras de la noche infinita, arrojando fúnebres relámpagos, en busca del amigo que perdí!

¡Oh Varella, que no pudiese al menos darte el último adiós, velar solícito al lado de tu lecho, cerrarte los ojos, besarte la

mano amiga y generosa, decirte en secreto á la despedida, que me esperases en el seno de la inmensidad !

¡ Alma fiel cuan temprano partiste ! ¿ Quién imaginara cuando yo te dejé, que en el camino ameno y apacible, en medio de la harmonía y los perfumes, perdiéndose en el azul del firmamento, limpio de nubes, brotando resplandecientes estrellas — te seguía oculto en la arboleda el ángel triste de la muerte, revolando en esos frescos valles de la vida en que resonaban las canciones festivas, la risa delirante ?

Quizá más de una vez huyó de tí al verte franco, jovial, la frente iluminada con el júbilo febril de la juventud, que en tí brillaba con toda la riqueza de sus dones. Brillaba, sí ; ella en su albor te dió profusa, gentileza, vigor, gracia, ingenio vivaz, valor, ternura, sensibilidad profunda, férvido entusiasmo, al coronarte bella y risueña con sus guirnaldas de rosas, que tú deshojabas ante el altar de los amores.

¡Y qué amores los tuyos! Aun conservo como un perfume las gratas confidencias que hiciste expansivo á mi cariño, en los paseos nocturnos por las playas que besa el Guanabara, verde y poético asilo de los tiernos y melancólicos recuerdos—en esas noches suaves, transparentes, en que la luna desprendiéndose el diáfano velo, derrama desde el albo trono sus pálidos zafiros, bañando la tierra en luz harmoniosa, trémula y dulce centellando en las aguas.

Una mirada de la que amabas bastaba para hacerte dichoso. Amor ideal, etéreo ; amor divino que se alimentaba á sí mismo de su casta luz, dorando con ella en deliciosos ensueños las alas de la esperanza fugitiva.

¡ Qué puedas, espíritu inmortal, recoger sus lirios, saciar tu sed en la fuente pura en que germinan, esparciendo á lo lejos su esencia virginal, su ámbar celeste !

¿ Y cómo no elevar estos votos por tí ? Fuerte por la virtud, la frente erguida hirviendo en peregrinas ideas, el corazón desbordando de afectos, apareciste en el banquete de la vida, y convidado de un día, libaste apenas entre sonrisas el licor espumante.

Tu modestia, tu fe, la resignada confianza en las promesas del porvenir, la atmósfera serena en que lucían tus plácidos y bellos pensamientos, calmaban con mágica influencia los ímpetus que me impelían entonces á lanzar mi batel, engalanado de alegres banderolas y guirnaldas, en el ardiente piélago de los placeres.

¿ Cuántas veces me tendiste la mano al punto en que me arrojaba ciego al precipicio ? ¿ Cuántas tu acento insinuante vino á despertar mi razón anublada en la embriaguez de las pasiones tumultuosas ? Y, sin embargo, tú has muerto y yo vivo todavía.... Ya nunca te veré !.... ¡ Dichoso tú ¡ quién sabe ! en que te has adormido en la estación benigna y en pleno follaje; desapareciendo en el océano del infinito, como un astro que desmaya al resplandor de la aurora !

Dejando lejos entre tanto la senda umbrosa que recorrimos juntos, ví transformarse los árboles frondosos en ásperos peñascos, en bravas ondas el raudal sollozante, el prado en un erial, mis himnos en melancólicas endechas. Y cuando vine de nuevo á buscarte, á entornar en tu pecho mis pesares, que pregunté por tí, ya habías partido!.....

Jamás te olvidaré ¡ Oh, nunca, nunca, hasta el fin de mis días ! Tu imagen quedóme impresa en el alma con los rayos más fulgentes del sol de la juventud. Conservaré íntegra la herencia de tu noble afecto, dándole solo parte á aquella por quien me es amable la vida, que me anima cuando mis fuerzas desfallecen, á mi joven esposa, huerto cerrado, nardo que florece á la sombra de mi destino.—Enseñaré tu nombre á mi hija que todavía en la infancia se parece á los ángeles, y ya que no me es dado derramar sobre tu sepulcro las flores que amabas tanto, al menos consagraré á tu memoria estos versos escritos con mis lágrimas.

3. « *Ve el robo, y la traición y la mentira* ».

La oda á México escrita en circunstancias en que la heróica Puebla de Zaragoza sostenía el sitio contra los franceses, se halla inserta en el tomo I° de la « Revista de Buenos Aires », acom-

pañada con notas justificativas de los graves cargos formulados en ella contra el Imperio francés. Véanse allí los trozos que por demasiado extensos no reproducimos aquí, de los discursos pronunciados por Mr. Julio Favre en el Cuerpo Legislativo de Francia á 6 de Febrero de 1863, y por el General Prim en el Senado español á 9 y 11 de Diciembre de 1862.

4. «*Se abrió á Tenochtitlan ancho camino*».

La palabra Tenochtitlan significa *tunal sobre una piedra* (Mendoza, antigüedades de México).

« Después de una serie de emigraciones y aventuras (dice Prescott refiriéndose á los primitivos mexicanos), que puede compararse con las más extrañas leyendas de los tiempos heróicos del mundo antiguo, hicieron por fin alto á la margen sudoeste del lago principal en el año de 1325. Allí es donde vieron posada en las ramas de un nopal que se erguía del hueco de una roca bañada por las aguas del lago, una águila real de un tamaño y belleza extraordinarios. Esta águila asía una serpiente con sus garras — sus grandes alas desplegadas hácia el sol naciente. Los mexicanos saludaron este feliz augurio, que según un oráculo indicaba el asiento de la nueva ciudad, de la que lanzaron los cimientos sobre unas isletas bajas que unieron al fin por medio de diques y cegando los aguazales. Sobre aquellos cimientos fabricaron sus frágiles habitaciones hechas de cañas y de juncos, y alimentaron su precaria existencia con la pesca, la caza de pájaros silvestres que revolaban en el lago, y el cultivo de algunas legumbres que se criaban en sus jardines flotantes. La nueva ciudad llamada Tenochtitlan en prueba de su origen milagroso, no es conocida por los europeos sino bajo su otro nombre de México, derivado del dios de la guerra, llamado entre aquellos pueblos Mexitli. La leyenda de su fundación conservase todavía en nuestros días en la empresa de la águila y del *cactus*, que figuran en las armas de la moderna República de México.

5. « *Pesándole la espada de la Francia*
La trueca por la pluma, y borronea
Del héroe de Farsalia,
De aquel rayo de Italia.
En ocio blando la tremenda historia &. »

A la sazón en que apareció esta oda en la «Revista de Buenos Aires», ocupábase Luis Napoleón en escribir la historia de César (publicada uno ó dos años después), á cuyo efecto mandó hacer excavaciones en Roma, ocupando en buscarle y suministrarle materiales, á arqueólogos, artistas y anticuarios.

6. « *Y el Dios de majestad quebró los dientes*
A los que el freno de su ley mordieron ».

(DAVID, salmo III, traducción de González Caravajal).

7. « *¡ Zaragoza ! ¡ oh ilustre y alto mozo !* »

Así llamó Fray Luis de León al príncipe D. Carlos en la célebre canción que hizo á su muerte.

8. « . . . . *¿ Tu bandera*
Es esa que se oculta en el combate ? »

«Cuando toda la fuerza que entró á Santa Inés estaba muerta y prisionera, nuestros oficiales y soldados buscaban con avidez la bandera del batallón zuavo, pero supieron en el acto que la referida bandera no había concurrido al combate y que se hallaba en el Cerro de San Juan. Este hecho me ha explicado porqué las fuerzas francesas no pierden sus banderas».

(Parte del General Ortega datado en Zaragoza á 29 de Abril de 1863).

9. « *Del Popocatepetl en las cavernas etc.* »

« Popocatepetl, *montaña humeante*, la más alta del continente norte-americano, y la otra el Ixtlacihualt, *ó la mujer blanca* ; las dos eran deificadas por la ignorancia de los indios, y creían que la diosa blanca dormía profundamente, mien-

tras que vigilaba su amante enrojecido por los celos.... Otra tradición más terrible los obligaba á creer que en el interior de la montaña existía el lugar donde eran atormentados los tiranos y perversos, y que los gritos de desesperación eran los ruidos subterráneos que se escuchaban; y sus convulsiones de agonía sus estremecimientos repetidos. La mente supersticiosa de los naturales estaba herida de mortal pavor con estas creencias; y así es que no se atrevían á hollar sus faldas sino antes bien siempre huían de sus contornos, sobre todo desde el anochecer ».

(ARRONIZ, Historia y cronología de México).

10. Con no poca vacilación nos hemos determinado al fin á incluir en este libro la más tierna de las elegías de Mr. de Lamartine, traducida á nuestro bello idioma. ¡ Cómo imitar la gracia, la pureza, la inefable harmonía de ese poema incomparable, impregnado de melancolía y de amor ! Hay flores tan delicadas que no pueden trasplantarse fuera del clima en que nacieran, sin los más exquisitos cuidados. ¡ Ojalá la que hemos escogido del Parnaso francés no se haya marchitado del todo en nuestras manos !

11. *Oreb :* fué en la cumbre del Oreb, montaña de la Arabia antigua, donde Moisés vió á Dios en el arbusto ardiente, y donde con su vara hizo brotar el agua de la roca.

12. *Senáar :* « nombre dado por los hebreos á la Babilonia ó á la parte de aquel país más próxima á la confluencia del *Tigris* y del Eúfrates. Fue allí, dícese, donde moraron los hijos de Noé hasta la construcción de la torre de Babel ».

ÍNDICE

	PÁGINA
A mi madre	5
Cuento de flores	13
¿Por qué no decirlo?	17
Clarita	19
Mármol	21
Rosa blanca	23
A Edda	27
En su cartera	31
Elegía á Fraçao Varella	35
A la artista chilena L. C. T	41
México	43
Nenia	53
Al pasar	57
Víctor Hugo	65
Ernesto Rossi	71
A. C. G. S. Soneto	73
Traducción del Italiano	75
Buenos Aires	79
¡Adelante!	81
Río Janeiro	85
Recuerdos	87
Voto	89
A Elvira	91
La noche	95

PÁGINA

Cántico	99
Amira	101
Himno	103
Semblanza	105
At home	107
Siempreviva; á Cuba	111
La estrella de la tarde	115
Pasó	119
Bruma	121
Celaje	123
A mi hija María del Pilar	125
A Martín de la Quintana	129
Luz y tiniebla	131




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 15 07 013 5